

teutón melagómano, contra el cual en vano nos ha puesto en guardia el noble emperador Federico. Todas estas diversas perturbaciones aparecen en general simultáneamente, y de diez veces nueve, no se equivocará el que tenga al adepto de Jøeger por un patriotero, al entusiasta de Kneipp por un fanático del pan de harina de avena y al defensor de la rana, ávido de la sangre de los profesores, por un anti-semita.

La histeria de Wagner revistió, por lo que á ella especialmente se refiere, todas las formas de la histeria alemana; podía decir de sí mismo, modificando ligeramente el *Homo sum* de Terencio: «Soy un desequilibrado y ninguna perturbación intelectual me es extranjera.» Podía, como antisemita, dar cruz y raya al pastor Stæcker<sup>1</sup>; manejaba la fraseología patriotera con una maestría inimitable<sup>2</sup>. ¿No ha llegado hasta hacer creer á su capilla de histéricos hipnotizados que eran figuras esencialmente alemanas los héroes de sus dramas, esos franceses, bravantinos, islandeses y noruegos, esas mujeres de la Palestina, todos esos seres fabulosos que había ido á buscar en las poesías provenzales y las de los trovadores, en la Saga del Norte, en el Evangelio, y los cuales—aparte de *Tannhauser* y los *Maestros Cantores*—no tienen una sola gota de sangre alemana en las venas, una sola fibra alemana en su cuerpo? De la misma manera es como un charlatán hipnotizador hacía creer á sus víctimas, en las representaciones públicas, que estaban comiendo melocotones, cuando no eran más que patatas crudas. Wagner se hizo defensor del vegetarianismo, y como el fruto necesario para nutrir al pueblo de este modo no existe en abundancia

<sup>1</sup> Ricardo Wagner. *El Judaísmo en la música. Escritos y Poemas completos*, t. V, pág. 83. *Aclaraciones sobre el Judaísmo en la música*, tomo VIII, pág. 299.

<sup>2</sup> Idem. *Arte alemán y Política alemana. Escritos y poemas completos*, t. VIII, pág. 39; *¿Qué es lo que es alemán?*, t. X, pág. 51 y *passim*.

más que en las regiones cálidas, aconsejó, sin vacilar, «dirigir una emigración racional de los pueblos hacia la península de la América del Sur, que, según se afirma, es la sola en estado, gracias á su productividad de todo punto superabundante, de alimentar la población actual de todas las partes del mundo»<sup>1</sup>. Blandió su espada caballeresca contra los fisiólogos que se entregan á experiencias sobre los cuerpos de los animales<sup>2</sup>; no se sintió poseído de entusiasmo por la lana, porque él personalmente prefería la seda, y esta es la única laguna en este cuadro, por lo demás tan completo. Wagner no ha sido testigo de la grandeza del venerable cura Kneipp; sin eso hubiera también encontrado verosímelmente palabras profundas para ensalzar la sublimidad incomparablemente alemana de los pies mojados y para el poder redentor de las rociaduras de la rodilla.

Cuando, pues, la amistad novelesca del rey Luis de Baviera hacia Wagner hubo, por fin, dado á éste el prestigio necesario y atraído hacia él la atención general de Alemania; cuando el pueblo alemán hubo aprendido á conocer á Wagner con sus singularidades, todos los místicos del asesinato ritual judío, de las camisas de lana, del alimento vegetal y de las curas simpáticas, le tuvieron que saludar con gritos de alborozo, puesto que era la personificación de todas sus obsesiones. En cuanto á su música, la aceptaban sencillamente por añadidura; la inmensa mayoría de sus fanáticos no comprendían de ella absolutamente nada; las emociones que les hacían experimentar las obras de su ídolo no provenían ni de los cantantes ni de la orquesta, sino en parte de la belleza pintoresca de los cuadros escénicos, y en parte mayor, de los delirios

<sup>1</sup> Ricardo Wagner. *Religión y Arte. Escritos y Poemas completos*, t. X, página 311.

<sup>2</sup> Idem. *Carta abierta á Mr. Ernesto de Weber, autor del escrito: «Las Cámaras de tortura de la ciencia»*. *Escritos y Poemas completos*, tomo X, pág. 251.



especiales que aportaban al teatro con sus personas y de los cuales honraban en Wagner al verbo y al campeón.

No llego, sin embargo, hasta pretender que únicamente el *chauvinismo* del skat <sup>1</sup> y el idealismo heroico de las curas naturales, del arroz con frutas, del lema «fuera los judíos» y de la camiseta de franela, era lo que hacía latir más aprisa, en una emoción deliciosa, los corazones de los fieles de Wagner en la audición de su música. Dicha música era seguramente también de naturaleza propia á encantar á histéricos; sus ruidosos efectos de orquesta producían en ellos estados histéricos—en el hospital de la *Salpêtrière*, de París, producen frecuentemente la hipnosis golpeando de repente sobre un gongo—y la índole informe de la melodía sin fin respondía por completo al fantasear errabundo de su propio pensamiento. Una melodía clara suscita y exige la atención y se opone por consiguiente á la fuga de ideas de degenerados de cerebro débil; un recitado que se vierte sin comienzo ni fin, no reclama, por lo contrario, ningún esfuerzo de espíritu, puesto que la mayor parte de los auditores no se ocupan en absoluto, ó tan sólo por muy poco tiempo, del juego al escondite de los «leitmotivos»; se puede pues, dejarse mecer y llevar por la corriente y se sale á flote como se quiere, sin recuerdo especial, tan sólo con el sentimiento voluptuoso de haber tomado un excitante baño tibio de sonoridades. La relación de la melodía sin fin á la melodía propiamente dicha, es la de los arabescos caprichosos, mil veces repetidos y que no representan nada preciso, de una decoración mural morisca, con un cuadro de género ó de historia, y el oriental sabe ya hace mucho tiempo hasta qué punto la vista de sus arabescos es favorable para el *kef*, ese estado de ensueño en el cual la inteligencia está amodorrada y en el cual sólo la loca de la casa gobierna en señora absoluta en el cerebro.

<sup>1</sup> Juego de cartas muy en boga entre los teutomanos. (N. del T.)

La música de Wagner inició á los histéricos alemanes en los misterios deliciosos del *kef* turco. En vano se empeña Nietzsche en burlarse á este propósito, con su estúpido retruécano «*Sursum-Bum, bum*» y sus observaciones sobre el adolescente alemán en busca de los «presentimientos»; no puede negarse que una porción de los fieles de Wagner, la que aportaba al teatro un misticismo enfermizo, encontraba en él satisfacción, no habiendo nada tan propio para evocar «presentimientos», es decir-ideas-frontera, ambiguas y evaporadas, como una música engendradora ella misma en sombras de ideas.

En cuanto á las mujeres histéricas, Wagner las atrajo á su causa ante todo no sólo por el erotismo lascivo de su música, sino también por su manera de presentar las relaciones del hombre con respecto á la mujer. Nada seduce tanto á una mujer novelesca como la irresistible demoniaca en la mujer y la temblorosa adoración de su poder sobrenatural por el hombre. Volviendo del revés la frase de Federico Guillermo I, que exclamaba con ira: «¡No quiero que me temáis, sino que me améis!»; las mujeres de este género preferirían gritar al hombre: «¡No has de amarme, sino caer á mis pies, en el polvo, lleno de espanto y de terror!» La señora Venus, Brunhilda, Isolda y Kundry, han conquistado á Wagner la admiración de las mujeres, mucho más que Isabel, Elsa, Senta y Gutruna.

Después que Wagner hubo conquistado Alemania y que la fe ferviente en él se hubo convertido en el primer artículo del catecismo patriótico alemán, el extranjero, por su parte, no pudo por mucho tiempo, sustraerse á su culto. La admiración de un gran pueblo tiene un poder de persuasión extraordinario; llega hasta imponer, con una sugestión irresistible, sus aberraciones á los demás pueblos. Wagner ha sido uno de los principales vencedores de las guerras alemanas; para él es para quien han sido obtenidas las victorias de Sadowa y de Sedán; el



mundo tenía, quisiéralo ó no, que tomar posición frente al hombre que Alemania declaraba su compositor nacional. Wagner realizó su marcha triunfal alrededor del globo, cubierto por la bandera imperial alemana; los enemigos de Alemania eran también sus enemigos, y esto obligó aun á aquellos alemanes que habían permanecido fríos hacia él, á tomar su defensa frente al extranjero. Yo mismo tengo que arrepentirme de mi culpa; yo también he combatido en defensa de Wagner, con la palabra y con la pluma, contra los franceses; lo he defendido también contra los mozos de pastelería que en París silbaban *Lohengrin*. ¿Cómo sustraerse á semejante deber? Hamlet atraviesa con su espada la tapicería, á sabiendas que hay detrás un hombre; hay que arrojarse resueltamente sobre él, cuando se es el hijo ó el hermano de Polonio. Wagner tenía la suerte de representar con respecto de los Hamlets franceses el papel de la tapicería que da pretexto para dirigir la espada contra Alemania-Polonio; y esto prescribía impiacablemente á todo alemán la actitud que debía adoptar en la cuestión Wagner.

Al celo de los alemanes, se añadieron además en el extranjero toda clase de cosas que favorecieron el triunfo de Wagner. Una minoría, compuesta en parte de naturalezas verdaderamente independientes y noblemente exentas de prejuicios, pero en parte también de degenerados movidos por la manía de contradicción, tomó la defensa de Wagner, precisamente porque había sido furiosamente y ciegamente atacado por la mayoría patrioter, presa del odio nacional. «Es inepto, exclamó esta minoría, condenar á un artista porque es alemán; el arte no tiene patria; no hay que juzgar la música de Wagner teniendo presentes los recuerdos de la Alsacia-Lorena». Este modo de ver es tan razonable y tan noble que aquellos que lo expresaron se han debido sentir satisfechos y ufanos; se decían á sí mismos, oyendo la música de Wagner: «Valemos más y somos más inteligentes que los patrioteros»

y esta idea les colocaba necesariamente en una tan agradable y tan benévola disposición de espíritu, que estimaron dicha música infinitamente más hermosa de lo que la hubieran apreciado si no hubieran tenido que ahogar antes en ellos mismos instintos triviales y bajos, y que fortificar, por lo contrario, pensamientos elevados, amplios y distinguidos. Las emociones que debieron á la satisfacción de sí mismos, las atribuyeron luego, por error, á la música de Wagner.

También la circunstancia de que no podía oírse más que en Bayreuth, la música de Wagner auténtica y no diluida, tuvo una gran importancia en la estima que se la concedió. Si se hubiera representado en cualquier teatro, si hubiera sido posible asistir sin trabajos ni complicaciones á una representación de Wagner como á una representación del *Trovador*, no hubiera adquirido Wagner en el extranjero su público precisamente el más fervoroso. Para conocer el Wagner auténtico, había que hacer el viaje á Bayreuth y no se podía hacer sino á largos intervalos y en épocas determinadas; había que preocuparse con mucha anticipación del sitio en el teatro y del alojamiento; era una peregrinación que exigía mucho dinero y mucho tiempo, y en la cual la plebe por consiguiente no podía tomar parte. La excursión á Bayreuth llegó así á ser el privilegio de las gentes ricas y distinguidas y se consideró por los *snoobs* de ambos mundos como un gran mérito social haber asistido á las representaciones de Wagner en Bayreuth; podía uno vanagloriarse de este viaje, y podía por ello darse tono; ya no pertenecía á la muchedumbre, sino á lo escogido; ¡era uno un *hadji*! Y los sabios orientales conocen tan bien la vanidad especial de los *hadjis* que uno de sus proverbios dice que hay que mirar con prevención al hombre piadoso que ha ido tres veces á la Meca.

Fué pues una señal de aristocratismo haber hecho el viaje á Bayreuth, y una señal de distinción intelectual el



apreciar á Wagner á pesar de su nacionalidad. El prejuicio favorable para él estaba creado, y una vez que las gentes iban á Wagner con estas disposiciones, no había ninguna razón para que no ejerciera su acción sobre los histéricos extranjeros como sobre los de Alemania. *Parsifal*, sobre todo, debía completamente subyugar á los neo-católicos franceses y á los místicos anglo-americanos alistados bajo la bandera del Ejército de Salvación; y es también sobre todo con esta ópera con la que Wagner triunfa en el espíritu de sus admiradores no alemanes; oír la música de *Parsifal* ha llegado á ser el acto religioso de todos aquellos que quieren recibir la comunión bajo la forma musical.

Tales son los motivos que explican que Wagner haya primero conquistado Alemania y luego el mundo. La carencia de juicio en la masa que, en la salmodia, recita las antífonas; la imitación de los músicos sin originalidad que veían el éxito de Wagner y se colgaban de los faldores de su levita como los niños que quieren que los lleve uno consigo, todo esto hizo lo que faltaba para poner el universo á los pies de Wagner. De todos los extravíos del tiempo presente, el wagnerismo, el más extendido, es también el más serio. El teatro de Bayreuth, las *Gacetas de Bayreuth*, la *Revista Wagneriana* de París, son monumentos duraderos que permitirán al porvenir asombrado medir toda la extensión y toda la profundidad de la degeneración y de la histeria de nuestro tiempo.

## VI

## LAS PARODIAS DEL MISTICISMO

Las formas artísticas y poéticas del misticismo que hemos estudiado hasta aquí, pueden inspirar acaso dudas á los espíritus superficiales ó insuficientemente informados en cuanto á su fuente en la degeneración, y presentarse como manifestaciones de un talento real y fecundo. Pero al lado de ellas se manifiestan otras en las cuales se expresa un estado de alma que hace, sin embargo, á las gentes pararse en firme y deja perplejo aun al lector más crédulo y más accesible á la sugestión de la palabra impresa y al charlatanismo que se pone en evidencia con audacia; se publican libros y se afirman doctrinas en las cuales el mismo profano nota el profundo decaimiento intelectual de sus autores. Uno pretende poder iniciar al lector en la magia y poder él mismo hacer sortilegios; otro da una forma poética á delirios bien caracterizados y clasificados por la medicina mental; tal otro escribe libros que recuerdan el modo de pensar y de sentir de niños pequeños ó de idiotas. Una gran parte de las obras á las que me refiero al decir esto, justificaría sin más formas de proceso que se pusiera en tutela á sus autores; como, no obstante, á pesar de la locura visible de estas obras, los «comprensivos» ya conocidos se obstinan en descubrir en ellas «lo porvenir», «nuevas excitaciones nerviosas» y bellezas de clase misteriosa, y en presentarlas á los papanatas boquiabiertos como revelaciones del genio, no es superfluo consagrarles un breve examen.